

Yukio Mishima
El tumulto
de las bestias

Traducido del japonés por Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés

Alianza editorial

Título original: 獣の戯れ

Primera edición: septiembre de 2025

Diseño de colección y cubierta: Manigua

Fotografía de cubierta: © Susii/Shutterstock y © Muhammad Muhdi/Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © The Heirs of Yukio Mishima, 1961

All rights reserved.

© de la traducción: Fernando Cordobés y Yoko Ogihara, 2025

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 979-13-7009-083-8

Depósito legal: M-12926-2025

Printed in Spain

Prólogo

Resulta difícil imaginar que esa fotografía fue tomada pocos días antes del último y penoso incidente. Los tres transmiten una impresión de calma, parecen divertidos y en la expresión de sus rostros se lee una gran confianza mutua. La fotografía acabó en manos del abad del templo de Taisenji, quien la atesora desde entonces con sumo cuidado. En el muelle, junto a los almacenes donde se guardan los aparejos de pesca, bajo el sol abrasador del verano y deslumbrados por el resplandor intenso del mar, Ippei Kusakado, vestido con una *yukata*¹ blanca sin apenas motivos decorativos; Yūko, con un vestido también blanco, y Kōji, con polo y pantalón del mismo color, aparecen como una sola mancha blanca en la cual apenas destacan sus rostros bronceados. Los colores del verano son vivos, pero a causa de una leve oscilación la imagen está ligeramente desenfocada. Lógico, porque confiaron el manejo de la cámara al patrón de la barca atracada en el muelle, y, por

1. Quimono de verano tanto para hombres como para mujeres. Todas las notas son de los traductores.

muy en calma que estuviera la mar, no tenía forma de evitar el movimiento.

El puerto es el de un pueblito de pescadores llamado Iro, en la parte occidental de la península de Izu, que se extiende a lo largo de la costa oriental de una profunda ensenada. En el lado occidental, a los pies de las faldas de una elevación montañosa, la ensenada extiende pequeños y numerosos tentáculos, cada uno de los cuales termina abrazado por una montaña. Allí se localizan un modesto astillero, una cisterna para el combustible de los barcos y unos cuantos almacenes para redes y aparejos, pero de un sitio a otro no hay conexión por carretera, de manera que no queda más remedio que ir y venir en barco.

Aquel día habían alquilado una barca en el puerto y habían desembarcado en el muelle de los almacenes.

—Aquí está bien. Hagámonos aquí la foto.

Fue Yūko, protegida por el parasol apoyado en su hombro, quien señaló el lugar desde la distancia.

Se había levantado la veda de pesca del mes de agosto y la mayor parte de los hombres se embarcaban ya para la campaña del *sanma*² en las aguas de Sanriky y Hokkaido. Comparado con la semana anterior, el número de barcos atracados en el puerto había disminuido considerablemente, y esa era la razón por la cual la superficie de la ensenada parecía más amplia.

No solo se habían marchado los pescadores. También Ki-yoshi, el soldado de las Fuerzas de Autodefensa que había ido a pasar las vacaciones. Y Kimi, de la fábrica de instrumentos musicales Teikoku. Cada cual en su dirección había seguido los pasos de Matsukichi, que se había embarcado para la pesca del *sanma*, y había dejado atrás su pueblo natal para regresar a Hamamatsu. Los romances efímeros del verano habían tocado a su fin para ellos y el ukelele nuevo de Kimi, en cuyo cuerpo habían

2. *Cololabis saira* o parpada del Pacífico.

tallado unas palabras escritas en alfabeto, debía de reposar en ese momento sobre el regazo de Kiyoshi en algún barracón de las Fuerzas de Autodefensa.

Tan pronto se instalaron frente al almacén, cuando Kōji ayudó a Ipppei a acomodarse, el suelo de hormigón expuesto al intenso sol del verano daba la impresión de haber perdido de un modo casi imperceptible el orden sutil que había mantenido hasta entonces con la disposición casi poética de los objetos olvidados por los hombres.

El rincón estaba convenientemente enmarcado por una estructura de bambú levantada para secar las redes, algunas de las cuales yacían abandonadas junto al almacén. Había también unos cuantos mástiles tumbados en el suelo, amarras adujadas con su aspecto sinuoso... Los pertrechos descansaban en silencio después de jornadas de intenso trabajo, como si fueran un recuerdo de la mar. Reinaba un silencio luminoso, la brisa ligera parecía una respiración, el portón del almacén pintado de azul añil emulaba el cielo, las hierbas de verano trepaban frondosas por las paredes de los almacenes conectadas por telas de araña que tapizaban también las aberturas del hormigón. Había crisantemos silvestres de llamativas flores blancas, una sección de un raíl oxidado, alambres echados a perder, tapas de cubetas donde se arrojaba a los peces vivos, una escalera y no se sabe cuántas otras cosas.

Reinaba un profundo silencio. De pie se alcanzaba a ver la superficie del mar, sobre la cual se reflejaban las nubes y las montañas. El agua estaba transparente hasta el punto de ver con toda claridad cómo evolucionaba un banco de pececitos entre las algas. La sombra blanquecina de las nubes de verano corría a lo largo del muelle.

Yūko caminaba sobre las redes extendidas al sol y se detuvo delante de una mancha brillante en el hormigón que parecía sangre. Kōji comprendió enseguida.

—No te preocupes. Solo es pintura. Estarían repasando algo y se les ha caído.

Apenas eran unas cuantas gotas de pintura, y cuando la sombra del parasol de Yūko cayó encima de ellas, el rojo se tornó negro.

—Ese lugar de allí está bien.

Fue Kōji quien decidió dónde situar a Yūko e Ippei frente al almacén. Ella se quejó porque una de las redes tapaba sus piernas.

—Está bien así, no te preocupes —dijo Kōji en un tono áspero—. Así el efecto resulta más artístico. Parecemos tres peces atrapados en la red.

Se descolgó la cámara del hombro y reguló el objetivo. Yūko pensó que tenía razón: eran tres peces atrapados en una red...

* * *

Ippei lucía en el rostro la sonrisa de costumbre y se movía, también como de costumbre, según le indicaban los otros dos.

Era un hombre de cuarenta años, delgado, y lucía un saludable color de piel en su cara de facciones proporcionadas. Además de arrastrar la pierna derecha al caminar, sus movimientos torpes y lánguidos producían, en ocasiones, una cierta impresión de elegancia y, gracias a los cuidados de su mujer, su aspecto era impoluto, incluido el espacio entre los dedos de los pies. Al observarlo en detalle, resultaba evidente que esa sempiterna sonrisa, como si todo el tiempo estuviera perplejo por algo, era un gesto involuntario. Las atenciones de su mujer no evitaban que por su modo de llevar la *yukata* y de ceñirse el *obi*³ diera la impresión de ir a perderlo todo en cualquier momento.

3. Cinturón de tela ancho que rodea la prenda.

No tanto porque la prenda no se ajustase a su cuerpo, sino porque parecía no querer llevarla, como si la ropa y su cuerpo se movieran en direcciones opuestas y caprichosas.

Mientras lo sostenía, Yūko miró a la cámara y entornó los ojos por culpa del reflejo del sol. Al recibir directamente los rayos, su expresión perdió relieve para transformarse en un espejo vacío y blanco.

Tenía la cara redonda y, a pesar de sus facciones marcadas, los labios eran finos. Parecía capaz de ocultar cualquier defecto, por pequeño que fuese, con la ayuda del maquillaje, pero su boca jadeante por culpa del calor parecía expulsar las llamas invisibles de un sufrimiento igualmente oculto. En otras palabras, no era una mujer nacida para esconder sus sentimientos. Sus ojos grandes siempre un poco humedecidos, las mejillas rellenas, los lóbulos suaves de las orejas y hasta la sonrisa inocente que le dedicaba a Kōji. Daba igual el prisma bajo el cual se la observase porque nunca parecía cansada, muestra evidente de su resistencia a los padecimientos.

—¿No terminas? —le preguntó a Kōji con una voz persuasiva mientras cerraba el parasol.

Su voz recordaba la atmósfera sofocante de un cuarto pequeño inundado de flores marchitas.

Kōji estiró el brazo desde el muelle para alcanzarle la cámara a Teijirō a bordo de la barca y le explicó cómo se disparaba. Teijirō, vestido tan solo con un pantalón corto, el torso desnudo muy bronceado y una toalla enrollada en la frente, movió la cabeza como si buscase en una vasija hasta dar con el visor de la cámara.

Kōji se acercó con un movimiento ágil hasta el lugar donde se encontraba el matrimonio, justo delante del almacén. Saltó con tal destreza que pareció como si el polo y el pantalón blanco que llevaba puestos vibrasen como un alambre. Se situó al lado de Yūko y la rodeó por el hombro con toda naturalidad.

Ella agarró el brazo derecho de su marido y se lo echó también por el hombro izquierdo.

—¡Qué sol cegador! —protestó Kōji.

—Aguanta un poco.

—Tienes razón. Un poco de paciencia.

Yūko sonrió sin mover los labios apenas para no estropear su pose.

—Qué bonito sería si pudiésemos disponer nuestras tumbas tal como estamos ahora.

Tal vez no llegaron a oírla porque ninguno de los dos dijo nada.

Teijirō sostenía la cámara firmemente para no desenfocar y plantaba los pies con fuerza en el suelo para equilibrar el vaivén de la barca. Los músculos de sus fuertes brazos de viejo pescador lucían bajo el sol radiante.

A pesar del silencio, el borboteo del agua parecía tejerse con el del aire, y quizá por eso ninguno alcanzó a oír el sonido del disparador.

* * *

Iro era un pueblo de pescadores, pero por la parte este, cerca de la montaña, se extendían algunas tierras de labor. Un poco más allá de la oficina de correos desaparecían las casas y el camino llevaba directo a un santuario en la montaña. A mitad de camino, a la derecha, se tomaba hacia al cementerio nuevo construido en la falda del monte, que a partir de allí se empinaba poco a poco.

Al pie de la montaña y de espaldas al cementerio discurría un riachuelo a lo largo de cuya orilla se alineaban las tumbas que, hasta mitad de la ladera, se superponían unas a otras sin orden aparente. Las situadas en los lugares bajos eran las que lucían unas lápidas más grandes y trabajadas. A partir de cierto

punto, el camino se estrechaba, se cubría de piedras y zigzagueaba entre el resto de tumbas. Algunas estructuras se habían desmoronado y las obstinadas raíces de las hierbas de verano brotaban entre las aberturas. Sobre las piedras hirvientes bajo el sol, libélulas con las alas desplegadas permanecían inmóviles como pequeñas estatuas. De alguna parte llegaba un olor que recordaba un aroma medicinal. Era el agua medio podrida de las vasijas para colocar las flores. En ese cementerio no se usaban recipientes de bambú o de piedra a tal efecto, y la mayor parte de las tumbas lucían ramas secas de *shikimi*⁴ metidas en botellas de sake o en latas de cerveza medio enterradas en el suelo. En ese lugar, en verano y antes del atardecer, siempre que uno no se preocupase por la miríada de mosquitos de todos los tamaños que pululaban por allí, se disfrutaba de una espléndida vista general del pueblo de Iro.

Tras los campos verdes situados más abajo se alcanzaba a ver el templo Taisenji y, un poco más allá, en la ladera sur de la colina, resplandecían los cristales rotos de los invernaderos de Kusakado, abandonados ya por entonces. Justo al lado estaba el tejado de la casa deshabitada.

Hacia el oeste, frente al faro, navegaban cargueros negros que se dirigían al puerto en el golfo de Iro. Eran buques de carga a granel de escaso tonelaje venidos de Osaka para transportar el mineral extraído de las minas de Tohi. Durante un tiempo amarrarían en Iro. Sus mástiles se deslizaban en silencio sobre los tejados, sobre la superficie luminosa del mar al atardecer, con su resplandor melancólico, que desde allí arriba recordaba la sutileza del tejido de un *obi*. Desde una de las casas del pueblo llegaba el inconfundible rumor de una televisión, así como

4. Familia de las magnolias cuyas ramas se usan como ofrenda para la imagen de Buda, dado que, para los japoneses, los muertos deben ser tratados con la misma veneración dispensada a Buda.

una voz que salía del altavoz de la cofradía de pescadores y que rebotaba en las montañas circundantes: «Mensaje para la tripulación del *Okura Maru*. Reúnanse enseguida. Estén listos para zarpar mañana después del desayuno».

La intensidad de los haces de luz del faro aumentaba a cada instante y daba la medida de la proximidad de la noche. Cada vez resultaba más difícil descifrar los ideogramas grabados en las lápidas de las tumbas o localizar la estela funeraria de los Kusakado entre el apretado grupo de tumbas. En un pequeño claro en mitad de la colina, como si estuvieran allí un poco acobardadas, se alineaban las tres tumbas recientes mandadas construir por el abad del templo con el dinero que le habían confiado para tal propósito, a pesar de la oposición que mostró la mayor parte de los habitantes del pueblo. A la derecha, la tumba de Ippei. A la izquierda, la de Kōji. En el centro, la de Yūko, que en la hora del crepúsculo desprendía una cierta ligereza o incluso alegría porque era la única sin ocupar todavía. A pesar de todo, en la lápida estaba su nombre escrito en rojo.

El color rojo no había perdido su frescura y, a medida que el paisaje se sumergía en las penumbras de la tarde, era lo único visible en el conjunto de lápidas blancas. Era el mismo color rojo con el que Yūko siempre se pintaba sus labios sutiles.

I

Los rayos de sol posando su resplandor sobre la pasarela, meditaba Kōji, se colaban por las ventanas del corredor que conducía a los baños como si fuesen folios satinados en blanco. Amaba en secreto esa visión, de un modo apasionado, si bien no llegaba a entender por qué le gustaba tanto esa luz al filtrarse por las ventanas. Era como una gracia del cielo, algo sagrado, y por encima de cualquier otra cosa, como la carne blanca de un niño cortada en pedazos.

Apoyado en el parapeto del puente, le extrañaba que la luz generosa de una mañana de principios de verano que bañaba su cuerpo se conectase de ese modo, y a pesar de la distancia, con ese instante de su recuerdo, con aquellos rayos de sol dispersos, pequeños y lacerantes. No podía creer que se tratase de la misma luz. De haber podido seguir su curso, ¿no habría alcanzado la punta rígida e inmaculada de esa luz, como unos dedos cuando enrollan una gran bandera resplandeciente y terminan por acariciar la áspera y fría asta donde se enarbola? ¿Era, por tanto, esa asta sagrada el límite inalcanzable de la luz solar? ¿O era en realidad la remota fuente de luz que lo inundaba en aquel momento?

El barco en el que viajaba era el *Ryūgū Maru XX*, que partía de Numazu y navegaba a lo largo de la costa occidental de la península de Izu. Los bancos de la cubierta superior estaban dispuestos espalda contra espalda e iban ocupados por unos cuantos pasajeros bajo una lona que gemía al viento. En la orilla se levantaban piedras de formas extrañas como si fueran negros castillos y en las alturas del cielo evolucionaban los vertiginosos cúmulos de verano.

El pelo de Kōji aún no había crecido lo suficiente como para que el viento llegase a desordenarlo. Las facciones de su rostro, firmes y proporcionadas, no disimulaban una impresión un tanto añeja, como las del rostro de un samurái. Su nariz poco carnosa era la de quien sabe controlar sus emociones. No obstante, era un rostro que sabía fingir. Cuando estaba de buen humor, se congratulaba de esa cara bien formada como una máscara de madera.

Fumar contra el viento le desagradaba porque le arrebatava enseguida el aroma del tabaco y el gusto del humo en la boca. A pesar de ello, no se quitó el cigarrillo de los labios y dio una calada tras otra hasta que el sabor desapareció por completo de su lengua y empezó a sentir un amargo estupor en la nuca. No sabía echar la cuenta de cuántos cigarros había encendido desde que zarpó de Numazu a las nueve y media de la mañana.

Sus ojos no soportaban el burbujeo de la luz solar sobre la superficie del mar. El extenso panorama del mundo exterior no era todavía para él nada más que una ambigüedad, una sucesión de fenómenos indiferentes brillando sin fin. Volvió a pensar en la luz de aquella ventana.

... Una luz lacerante. Dividida en cuatro a la manera de una cruz y cada cuadrante dividido a su vez verticalmente en cuatro. No podía haber nada más atroz que contemplar la mutilación de esa luz sagrada.

Kōji la amaba, pero tan solo pasaba a su lado entre una multitud. Un poco más allá estaban los baños, y a la entrada debían esperar en fila su turno. Cada tres minutos llegaba del interior un sonido lúgubre seguido de un rumor sordo y pesado del agua que, al resonar audazmente, permitía intuir la dureza untuosa del agua caliente, su color de flores marchitas.

En el suelo de entrada del amplio vestuario había dos líneas pintadas en verde numeradas del 1 al 12. Allí esperaban un total de veinticuatro hombres formando dos filas. Cada tres minutos, un aviso sonoro. El fragor del agua. De tanto en cuanto el golpe de la carne contra el suelo al resbalar seguido de unas risas contagiosas que se apagaban en un instante. Tres minutos. Un aviso sonoro. Los hombres que esperaban se desnudaban y dejaban la ropa en las estanterías para acercarse a la puerta del baño, donde volvían a colocarse sobre los números correspondientes pintados en el suelo a lo largo de dos líneas paralelas pintadas de amarillo en esa ocasión.

Kōji comprobó pronto que la planta de los pies encajaba a la perfección en el círculo del suelo en cuyo interior estaba impreso el número. Los hombres que habían ocupado ese mismo lugar solo tres minutos antes se sumergían en ese momento en la gran bañera. El vapor emergía desde dentro y abrazaba su cuerpo desnudo. Los músculos del torso, unos cuantos pelos ondulados en su pecho, el vientre plano y, un poco más abajo, la vergüenza, bajo una mata espesa y oscura, que pendía como una fruta madura, como el cadáver de un ratón arrastrado entre multitud de desperdicios en un turbio riachuelo. «Como en una lente cuando se concentran los rayos hasta formar uno solo, así he concentrado yo la vergüenza de la totalidad del mundo en este sucio y lastimoso colgajo», pensó.

El culo feo del hombre de delante. Siempre veía un culo y una espalda desnudos. Nada más. El mundo frente a sus ojos se reducía a un lamentable culo y a una espalda salpicada de gra-

nitos. Esa sí era una puerta que no se abría. La puerta de la carne sucia no se abría... El aviso sonoro cada tres minutos. El ruido del chapoteo del agua. El movimiento sincronizado de culos y espaldas lanzados al mismo tiempo al interior del vapor que emergía de la enorme bañera alargada. Hundidos hasta el cuello en un agua tibia, aceitosa, los ojos clavados en el reloj de arena sobre la mesa del vigilante. El delgado hilo de arena visible entre las bocanadas de vapor. Entrar en el agua, salir para lavarse el cuerpo, volver a entrar en la bañera, salir... Sobre el letrero donde se leía la orden de «entrar en la bañera» brillaba una débil luz roja.

Kōji recordaba a la perfección aquel reloj de arena. Además del tufo del agua caliente y pringosa que envolvía su cuerpo, se acordaba de esa fina cascada de arena que alcanzaba a ver al otro lado de una cortina de vapor mientras se deslizaba por la angostura del cristal para perder una parte de su masa con una extraña indiferencia. Veinticuatro cabezas rapadas flotando en el agua sucia y caliente. Las miradas circunspectas de los hombres. Ojos graves como los de los animales... Así era. Comprendió entonces que, en muchos lugares, en muchos rincones poco relevantes de la prisión, existía una límpida y peculiar sacralidad. Incluso el reloj de arena le parecía sagrado.

El hilo de arena estaba a punto de extinguirse. El vigilante pulsó un botón. Una vez más, el lúgubre aviso sonoro. Los presos salieron a una de la bañera y un enjambre de piernas mojadas y peludas caminaron sobre una tarima de bambú. En el aviso sonoro, por el contrario, no había nada de sagrado...

* * *

La sirena del barco sonó dos veces.

Kōji se dirigió hacia la cabina del capitán y vio a través de la puerta de cristal a un joven vestido con pantalones vaqueros y

calzado con botas de goma manejando con una sola mano el timón de cobre perfectamente pulido, mientras con la otra tiraba de un cabito que colgaba del techo para hacer sonar la sirena. El barco viraba para poner proa rumbo al puerto de Ukusu.

Era un pueblo gris que se extendía horizontalmente. Sobre la cima redonda de un monte cercano aparecía la gota de color rojo de un *torii*¹. Una grúa para cargar mineral extendía sus brazos en el puerto sobre un mar espléndido.

«Soy un hombre arrepentido», se dijo Kōji a sí mismo. «Un hombre distinto al de antes». Debía de haber repetido ese mismo pensamiento miles y miles de veces, siempre la misma métrica, siempre resonando la misma nota como si se tratase de palabras mágicas. «Soy un hombre arrepentido...».

Incluso la frescura del paisaje de Nishi-Izu reflejada en sus ojos parecía inculparlo, obligarlo al arrepentimiento. La lozanía de la naturaleza, el verdor de las montañas, la magnificencia de las nubes. A sus ojos, todo aquello se alejaba demasiado de la realidad y le resultaba más fácil atribuirlo a la visión de un hombre arrepentido.

La idea había arraigado en él como una enfermedad un día entre las paredes de la cárcel, en su celda cerrada a cal y canto por barrotes de hierro. La enfermedad se extendió pronto y su cuerpo entero quedó infectado de arrepentimiento; el sudor fue arrepentimiento, y también la orina. Incluso el olor que desprendía su cuerpo joven le pareció el del arrepentimiento. Pero a pesar de la frialdad, a pesar de lo tenebroso, existía una luz transparente muy corpórea. Era el olor del lecho de paja de una bestia llamada arrepentimiento.

Después de zarpar de Ukusu, el barco navegó a lo largo de una costa cada vez más teñida de amarillo, moteada aquí y allá

1. Arco horizontal normalmente construido en madera pintada de color rojo intenso que señala los lugares sagrados del sintoísmo.

por el verde de los pinos que anunciaban la cercanía del paisaje de Ōgonzaki². Kōji bajó la escalera y se dirigió a popa. Uno de los marineros pescaba rodeado de niños, como si se tratase de un juego.

Había cebado el anzuelo con un mújol de plástico atado a un cabo de cálamo y lo lanzaba una y otra vez en la distancia. El mújol resplandecía en el cielo apenas unos instantes antes de sumergirse en el agua. Después de varios intentos, pescó un *yaippara*³. El pez recordaba a un chicharro grande y golpeaba la superficie del agua a medida que el marinero cobraba el sedal. El reiterado golpeteo casi metálico del vientre del pez contra la superficie del agua...

Kōji no tenía ganas de ver al pez en las manos del hombre.

Miró al mar. Por la amura de babor alcanzó a divisar los ocres acantilados terrosos de Ōgonzaki. El sol en lo alto del cielo desplomaba sus rayos encima y los relieves y hundimientos salpicados con su luz conformaban una única veta lisa de oro amarillo. El mar más abajo refulgía con un azul particularmente intenso. Rocas afiladas de formas caprichosas se erguían y amontonaban. El agua quería trepar por ellas, pero se desplomaba enseguida deshilachada en millares de filamentos blancos.

Miró a las gaviotas. Eran unos pájaros espléndidos. «Soy un hombre arrepentido...», volvió a pensar. Cuando los acantilados quedaron a popa, el *Ryūgū* puso rumbo a toda máquina al siguiente puerto: Iro.

A babor se vislumbraba el faro que presidía la entrada de la bahía de Iro. Desde que pasaron junto a él y hasta la boca de la larga y estrecha ensenada, el escenario del puerto, las hileras de casas y los bosques situados más atrás parecían un cuadro sin perspectiva cuyos planos se hubieran superpuesto uno sobre

2. Ōgonzaki se traduce literalmente como 'el promontorio del oro amarillo'.

3. *Eutbynus affinis*, un túnido de pequeño tamaño.

otro. Una pintura excesivamente cargada de colores densos, coagulados. No obstante, a medida que el barco se adentraba en la bahía, parecía como si alguien echase agua caliente sobre una pintura sólida, como si los contornos empezasen a fundirse, y de ese modo distinguió el perfil de la torre de carga de hielo para los barcos pesqueros, del de la propia fábrica de hielo, de la torre vigía contraincendios y de los tejados de las casas. De igual manera, la superficie deslumbrante del agua y el resplandor blanco del suelo de cemento del muelle dejaron de parecer una línea de cera solidificada.

Un poco apartado de la gente que se amontonaba para recibir al barco, junto al alero del tejado de un almacén, había un parasol de color azul claro. No podía creer que una ilusión evocada durante tanto tiempo adoptase en ese momento una presencia tan vívida, tan pequeña, azul y graciosa. Era imposible que el color de su hambre, de su sed, fuese aquel azul claro. Por lo tanto, era el color del arrepentimiento.

* * *

Kōji comprendió el significado del parasol.

Aquel día de verano dos años antes se protegía con el mismo. La discusión que tuvieron en el jardín delantero del hospital, lo lamentable de aquel encuentro, la cena en la que apenas dijeron una palabra, la inesperada victoria de Kōji, la rendición de ella... El incidente que tuvo lugar a las nueve de la noche... Sin embargo, por mucho que se esforzase en recordar aquel momento, aquel lejano mediodía cuando Yūko caminó junto a él con su parasol azul claro, se daba cuenta de que en ningún momento tuvo el más mínimo presentimiento de que el día terminaría en un baño de sangre.

* * *

El azul claro del parasol en el muelle del puerto era, sin lugar a duda, no el color de su hambre y de su sed, sino el del arrepentimiento. El hambre carnal lo había saciado de sobra la noche anterior en Numazu gracias al dinero que Yūko había confiado al director de la cárcel con ese fin. Avanzada la noche, decidió llamar a una segunda mujer y ambas parecieron intuir algo y se mostraron temerosas. Lo que recibió de ellas fueron caricias nacidas del temor, y solo cuando se despertó por la mañana comprendió que habían pasado la noche juntos. Bajo la implacable luz de la mañana que se colaba a través de la cortina de la habitación del hotel, Kōji extendió los brazos y tocó aquello que durante mucho tiempo solo había sido una idea irrealizable. Las mujeres estaban profundamente dormidas y no se daban cuenta de nada.

Se trataba solo de una mísera carne escondida hacia dentro, como si fueran las flores del árbol de Júpiter conservadas en alcohol, una ulceración grumosa que había adquirido provisionalmente el aspecto de la carne, una materia muy alejada y sin relación alguna con la idea que tan a menudo rondaba a los presos.

* * *

Yūko reconoció en el Kōji que desembarcaba al mismo joven de siempre con una expresión más viril si acaso, quizá un poco más delgado. Llevaba una chaqueta de verano, la camisa abierta a la altura del pecho y una maleta pequeña agarrada en una mano. Con la otra la saludaba.

Yūko inclinó ligeramente el parasol.

—No has cambiado —dijo.

Bajo la sombra él apreció el color uva oscuro con el que acostumbraba a pintarse los labios.

—Antes de ir a casa me gustaría hablar un poco —le dijo con la voz un poco ronca.

—Por supuesto. A mí también, pero ten en cuenta que en este pueblo ni siquiera hay una cafetería.

Yūko miró mientras tanto a su alrededor y dibujó un pequeño círculo en el aire con la cesta que sujetaba en una mano. Los dos o tres pasajeros que habían desembarcado estaban rodeados de conocidos que acudían a recibirlos y ya estaban a punto de marcharse. El *Ryūgū Maru XX* puso proa rumbo a la entrada de la bahía y el balanceo del casco dibujó una curva ligera sobre la superficie del agua.

—Está en dirección contraria, pero ¿qué te parece si caminamos hacia el fondo de la bahía? Allí hay alguna que otra pradera a la sombra y podemos sentarnos a hablar.

Mientras caminaban, Yūko se preguntó si no había sido demasiado precipitada la decisión de acoger en su casa a ese joven sin familia. Era la primera vez que la asaltaba la inquietud por ello. Una especie de presentimiento, sin duda.

El director de la cárcel le había reprochado su imprudencia cuando le comunicó su decisión. Jamás había conocido el caso de un familiar de la víctima que se ofreciese a tutelar al culpable del delito. En un primer momento lo atribuyó a una especie de afán filantrópico, pero fue la propia Yūko quien le confesó que en el fondo actuaba así por sí misma. El director miró entonces fijamente la expresión del rostro de aquella mujer vestida de un modo muy llamativo. «Demasiado orgullo», pensó. No era tan extraño que algunas mujeres desarrollasen una tendencia a considerarse cómplices de determinados delitos. De esa manera se convertían en el núcleo dramático y fascinante de ese concepto conocido como «móvil». Esa vanidad de poner al mundo a su servicio para arrimarlo más fácilmente a su interés podía considerarse un intento de agrandar el espíritu. No era lícito, por tanto, que un hombre como él se entrometiera en ello. «Esta mujer quiere embarazarse de todo», decían los ojos del director cargados de sospecha. «Intenta custodiar en

su cálido vientre los pecados, el arrepentimiento, las tragedias, ciudades llenas de hombres, las motivaciones de todos los seres humanos, cualquier cosa...».

* * *

Caminaban en silencio a lo largo de la bahía y miraban a la orilla, donde flotaba toda clase de basura. Sobre la superficie en calma del mar, sin una ola visible en la distancia, se extendía una mancha de aceite con irisaciones purpúreas y se amalgamaban maderas de todas las formas imaginables, *geta*⁴ abandonadas, bombillas, latas de conserva, cuencos rotos, olotes del maíz, una bota de agua desparejada, una botella vacía de whisky barato y así un largo etcétera. Entre todas aquellas cosas, la cáscara verde de una sandía balanceándose y teñida con el tono rosado del amanecer.

Cerca de la estatua de unos delfines, Yūko señaló un prado en un claro del monte.

—Es la hora del almuerzo. Sentémonos ahí y hablemos mientras comemos un sándwich.

Kōji la observó inquieto. Tenía la sensación de que su boca estaba a punto de pronunciar el nombre de una persona sin llegar a atreverse. Yūko, por su parte, se fijó en los labios vacilantes de él como si pertenecieran a otro. «Ha madurado», pensó, «se ha abandonado sin remedio».

—¡Ah! ¿Quieres saber de él? —se adelantó en un tono desenfadado cuando intuyó su pregunta—. Se ha quedado solo en casa y debe de estar almorzando. Mejor así que verte de repente. De todos modos, te espera impaciente, no vayas a creer. Ahora es un hombre sereno, como si fuera un Buda.

Kōji asintió ansioso.

4. Sandalias de madera con alzas.

Desde la pradera se contemplaba una magnífica vista de la bahía y la luz, al filtrarse a través de los árboles, resultaba muy agradable aun cuando el lugar no fuese especialmente silencioso. Más abajo, junto a la orilla, los carpinteros de ribera trabajaban con cerca de una decena de embarcaciones de carga y los martillazos apresurados brotaban aquí y allá desde sus cobertizos, el chirrido de sierras eléctricas como el zumbido de las abejas, la prisa por terminar cuanto antes.

Yūko extrajo una tela de la cesta y la extendió encima de la correhuela que se entremezclaba con la hierba para sacar justo después con sus dedos finos y delicados unos sándwiches y un termo. Sus movimientos eran naturales, tranquilos, pero los dedos de sus manos estaban más quemados por el sol que de costumbre, y también tenía algunos padrastrós.

Kōji se deleitaba observándola, como si asistiese a una ceremonia en sueños, cuando, de pronto, se topó con una suerte de enigma. No entendía el porqué de tanta amabilidad. No era la actitud de alguien atemorizado ante la presencia de un exconvicto, ni tampoco un reflejo de la veneración que a veces la sociedad demuestra hacia el crimen. Al contrario, era una actitud expuesta, la más indefensa que uno pudiera imaginar, lo cual no significaba que lo recibiera con los sentimientos de una mujer. Tampoco era confianza nacida de la complicidad o la osadía propia de una amante... No se comportaba en absoluto de un modo distinto a como había hecho antes del incidente.

Kōji pensó que no debería haber acudido a su llamada, pero ya era demasiado tarde.

A pesar de todo, tanto él como ella veían claramente aquello que rodeaba su silencio como si siguiesen los movimientos ágiles de un banco de peces encerrados en un acuario. Yūko había deseado muchas veces ofrecerle palabras de consuelo mientras estaba en la cárcel, pero ¿qué clase de palabras no habrían sonado falsas? Kōji, por su parte, quería pedirle perdón por haber